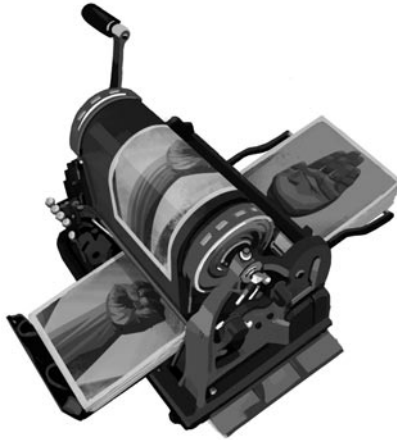


ENSAYO DE CORDELIA

Memoria de la Clandestinidad

TESTIMONIOS DE QUIENES COMBATIERON LA DICTADURA
EN LOS TIEMPOS MÁS DUROS DEL FRANQUISMO



Primera edición en REINO DE CORDELIA, mayo de 2024

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia


 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Ritama Muñoz-Rojas, 2024

Fotografías: © Amelia Alas, págs: 30, 46, 58, 84, 106, 168, 206, © Sergi Salamé, págs: 76, 138, 184

© Jordi Otix [*El Periódico de Catalunya*], pág: 124

Cubierta: Raúl Arias, 2024



DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO Y FOMENTO DE LA LECTURA



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

IBIC: BTP | Thema: NHT

ISBN: 978-84-19124-77-7

Depósito legal: M-10479-2024

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Memoria de la Clandestinidad

TESTIMONIOS DE QUIENES COMBATIERON LA DICTADURA
EN LOS TIEMPOS MÁS DUROS DEL FRANQUISMO

Ritama Muñoz-Rojas



Índice

Prólogo <i>Vivir la clandestinidad</i>	9
Bernardo Fuster Músico antifranquista. Exmiembro del FRAP	17
Pedro Caba Médico del PCE	29
Francisco Martínez López, el Quico Guerrillero antifranquista, el último maquis	37
Luis Suárez-Carreño Exdirigente universitario de la Liga Comunista Revolucionaria. Víctima de Billy el Niño	47
Félix López Líder del movimiento vecinal	57
Alexis Mesón Doña Activista antifranquista. Hijo de Eugenio Mesón y Juana Doña	67
Merçona Puig Antich Activista por la Verdad, la Justicia y la Reparación de las Víctimas del Franquismo. Hermana de Salvador Puig Antich	75
Matilde Muñoz Feminista, exmilitante del PCE (m-l) y exmilitante del FRAP	83
Pablo Mayoral Condenado en el consejo de guerra sumarísimo de septiembre de 1975	95
Rosa García Alcón y Julio Pacheco Querellante y testigo de la primera demanda contra crímenes del franquismo admitida a trámite en España	105

Maribel Ferrándiz	Activista sindical y vecinal. Exmilitante de la Joven Guardia Roja. Torturada en la comisaría de Via Laietana cuando era menor de edad	115
Magda Oranich	Abogada de Jon Paredes Manot, Txiki, ejecutado en septiembre de 1975	123
Carlota Folgueras	Militante del PSUC durante el movimiento universitario de los años setenta	131
Carles Vallejo	Impulsor de Comisiones Obreras de la Seat en Barcelona. Presidente de la Asociación Catalana de Expresos Políticos del Franquismo	137
Soledad Luque y Aránzau Borrachero	Responsables del movimiento de niños robados	147
Víctima de bebé robado	Testimonio de una adopción ilegal	153
Roser Rius	Exmilitante de la Liga Comunista Revolucionaria	159
Pepe Molina	Líder vecinal de Vallecas, exmiembro de la ORT	169
Juan Aguirre	Abogado de Ramón García Sanz, fusilado en septiembre de 1975	175
Isabel Alonso Dávila	Activista del movimiento estudiantil en Valencia y Granada, militante del PCE	185
José Benito Batres	Sindicalista de Comisiones Obreras	193
Socorro Robles	Movimiento feminista de los años setenta, activista universitaria contra la dictadura	199
Jacinto Lara	Abogado de la querrela argentina y de luchadores antifranquistas	205

Prólogo

Vivir la clandestinidad

ANTES DE COMENZAR a trabajar en este libro, es decir, antes de profundizar en lo que supuso la oposición al franquismo, clandestinidad era uno de esos términos o ideas que me transportaban a la dictadura. Igual que otros como huelga, manifestación, octavilla, militancia, vietnamita, detención, tortura, consejo de guerra sumarísimo, ejecución al alba, brigada político social o tribunal de orden público. Después de muchas horas de conversación con mujeres y hombres que le plantaron cara al régimen, he aprendido que clandestinidad es mucho más que lo que la RAE define como «cualidad de clandestino», siendo clandestino para la Academia «secreto u oculto especialmente por temor a la ley o para eludirla». Ahora, la palabra clandestinidad me señala el modo de vivir o sobrevivir de cientos de personas que se enfrentaron al régimen porque querían que su país fuera democrático y libre; hombres y mujeres que ansiaban una nación en la que se respetaran los derechos humanos, los derechos de los trabajadores y la justicia social; un compromiso, este, que asumieron sabiendo que ponía en riesgo su integridad física, su patrimonio, su carrera profesional, su seguridad y la de su entorno; incluso la vida.

Involucrarse en la clandestinidad supuso aceptar reglas y métodos que transformaban por completo el modo de vida de una persona. Salir a la calle se

convertía en una aventura casi temeraria, que el día menos pensado acababa mal, muy mal, porque un pelotón de policías pasaba horas y días mirando y repasando fotos, estudiando y memorizando las caras de los que se manifestaban el uno de mayo, los rostros de los que acudían a primera hora a las fábricas para repartir octavillas, o los de los estudiantes que movilizaban a otros estudiantes de asamblea en asamblea. Las probabilidades de acabar el día menos pensado en el calabozo de una comisaría, frente a verdugos torturadores ávidos de información como el popular Billy el Niño, eran altas.

La clandestinidad suponía un estado vital y personal que te borraba el nombre, te expulsaba de la universidad, te echaba del trabajo, pero también de tu ciudad, incluso del país. La clandestinidad rompió familias, truncó carreras profesionales, amistades y sueños. Pero ellos, los del compromiso con su país, la sociedad, la justicia y la libertad no tiraban la toalla. Entraban y salían de comisaría, algunos terminaban en cárceles repletas de estudiantes de Economía, de Derecho, de Arquitectura, de Medicina, estrenando nueva identidad, la de preso o presa política. Otros, demasiados, pagaron con la vida su actividad a favor de la libertad, la justicia o el respeto a las personas.

Memoria de la clandestinidad recoge las voces, los recuerdos, la experiencia y las vivencias de hombres y mujeres que se opusieron de manera activa, militante y valiente a la dictadura franquista. Son entrevistas realizadas entre finales de 2022 y el otoño de 2023, con las que se pretende recrear la cotidianidad de la lucha contra la dictadura a través de testimonios muy distintos. Me interesaba el día a día de los que se vieron obligados a llevar una doble vida para que su país fuera mejor. Me importaba el aspecto más doméstico de la lucha contra el régimen franquista. Quería que contaran cómo se normaliza el miedo, el peligro constante, la angustia de saber que alguien controla todos tus movimientos porque quiere dejarte fuera de juego.

Me detengo en cuestiones que pueden parecer menores, pero que, sin embargo, son la base de la rutina de la clandestinidad. Cómo comunicarse, cómo concertar citas, cómo financiarse; los protocolos de seguridad para burlar a la policía o los consejos para superar un interrogatorio en los que era habitual verse obligado a hacer el pato, es decir, andar en cuclillas con las manos sobre

la cabeza, o pasar horas y horas quietos, de pie, «no te muevas que te parto la rodilla». Me parecía importante que contaran qué era una caída, cómo se organizaban los saltos del primero de mayo, cómo se reclutaba a los militantes de un partido de extrema izquierda delante de las barbas de las fuerzas represivas en los años más duros de la dictadura. De la mano de sus recuerdos, a lo largo de estas páginas entramos varias veces en dependencias policiales en las que se llevaban a cabo las famosas ruedas, interrogatorios a golpes, puñetazos y patadas; ellos mismos detallan cómo les torturaban. No es morbo, sino necesidad de explicar todo lo que les cayó encima por ser rojos, progres, de izquierdas o, simplemente, demócratas. Que se conozcan las atrocidades de una dictadura, las artes de todo un aparato policial y judicial para enfrentarse a un puñado de jóvenes antifranquistas, armados con piedras y cócteles molotov. Que ellos expliquen cómo se las arreglaban para mantener esa lucha política en la calle, bajo una represión cruel, feroz y sin miramientos.

He tratado de que las voces de este libro representen las diferentes caras de la lucha contra la dictadura. Así, van narrando sus vivencias representantes del movimiento estudiantil de los años setenta, líderes del movimiento vecinal, mujeres pioneras para el avance del feminismo, el líder sindical, el cantautor, el guerrillero o el maqui. Hablan abogados de los ejecutados por el franquismo, y también condenados en aquellos sórdidos consejos de guerra de los que salieron cinco sentencias de muerte aplicadas sin compasión. Resulta espeluznante el relato de uno de estos juicios o el de una ejecución —contada de manera descarnada— por la hermana del último ejecutado a garrote vil en España el 27 de septiembre de 1975, o el testimonio del hijo de una de las presas más famosas del franquismo.

Así, espero haber completado esa atmósfera en la que vivieron los protagonistas de este libro o personas como ellos, la oposición firme y activa contra la dictadura. Cada relato es una historia tremenda, dura, una dureza que no solo tiene que ver con torturas o días y semanas en un calabozo, después de una detención ilegal. Hay otros aspectos que suelen pasar desapercibidos o no se citan cuando se habla de las víctimas del franquismo, pero que también supusieron sufrimiento, dolor y angustia. Por ejemplo, las relaciones familiares. Ese

padre que una mañana se encuentra en el desayuno con un comunista en casa que resulta que es su hijo. Fueron tragos complicados para las dos partes, en muchas ocasiones rupturas para siempre que, ahora, se cuentan con algo de culpa.

Quisiera hacer mención a la magnífica cubierta que ha diseñado Raúl Arias. Es una *vietnamita*, o multicopista, una herramienta fundamental para la organización y la propaganda de los militantes contra la dictadura, y que sale cada dos por tres en *Memoria de la clandestinidad*. Hacerse con una resultaba complicadísimo, entre otras cosas, porque la policía intervenía toda adquisición o compra de cualquiera de ellas. También vigilaban a todo aquel que comprara tinta, y, además, adquirir demasiado papel podía hacer saltar la alarma de las fuerzas de seguridad, siempre vigilantes. Una vietnamita, que en este libro aparece más de una vez escondida en el altar de un convento, fue la culpable de más de una caída, que era como se llamaba a las detenciones en masa. Representa muy bien el espíritu de la lucha antifranquista.

Como el caso de las vietnamitas, lo que queda escrito aquí podría resultar de un anacronismo absurdo, sobre todo para aquellos a los que el franquismo, la dictadura o el dictador les resulta tan lejano como desconocido. Confieso que son ellos, los más ajenos a todo esto, los lectores que desearía para este libro; un libro que sobre todo pretende que se conozca y reconozca a las personas, hombres y mujeres, sin más pretensiones que las que ya se ha repetido tanto en esta introducción y que se podrían resumir en el bien común, un país mejor para todos. Personas solidarias, altruistas, activas y que todavía siguen dispuestas a salir a reivindicar los derechos del otro porque así ganamos todos.

Me gustaría que este libro contribuyera a la verdad, la justicia y la reparación que reclaman las víctimas del franquismo. La historia de España permanece incompleta todavía, porque ahí se mantiene ese agujero al que hay que tapar con esa parte del relato todavía sin escribir, con la verdad. Ha dicho Fabián Salvioli, relator especial sobre la promoción de la verdad, la justicia, reparaciones y garantías de no repetición del Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, que la verdad es siempre la verdad de las víctimas. De eso va también *Memoria de la clandestinidad*.

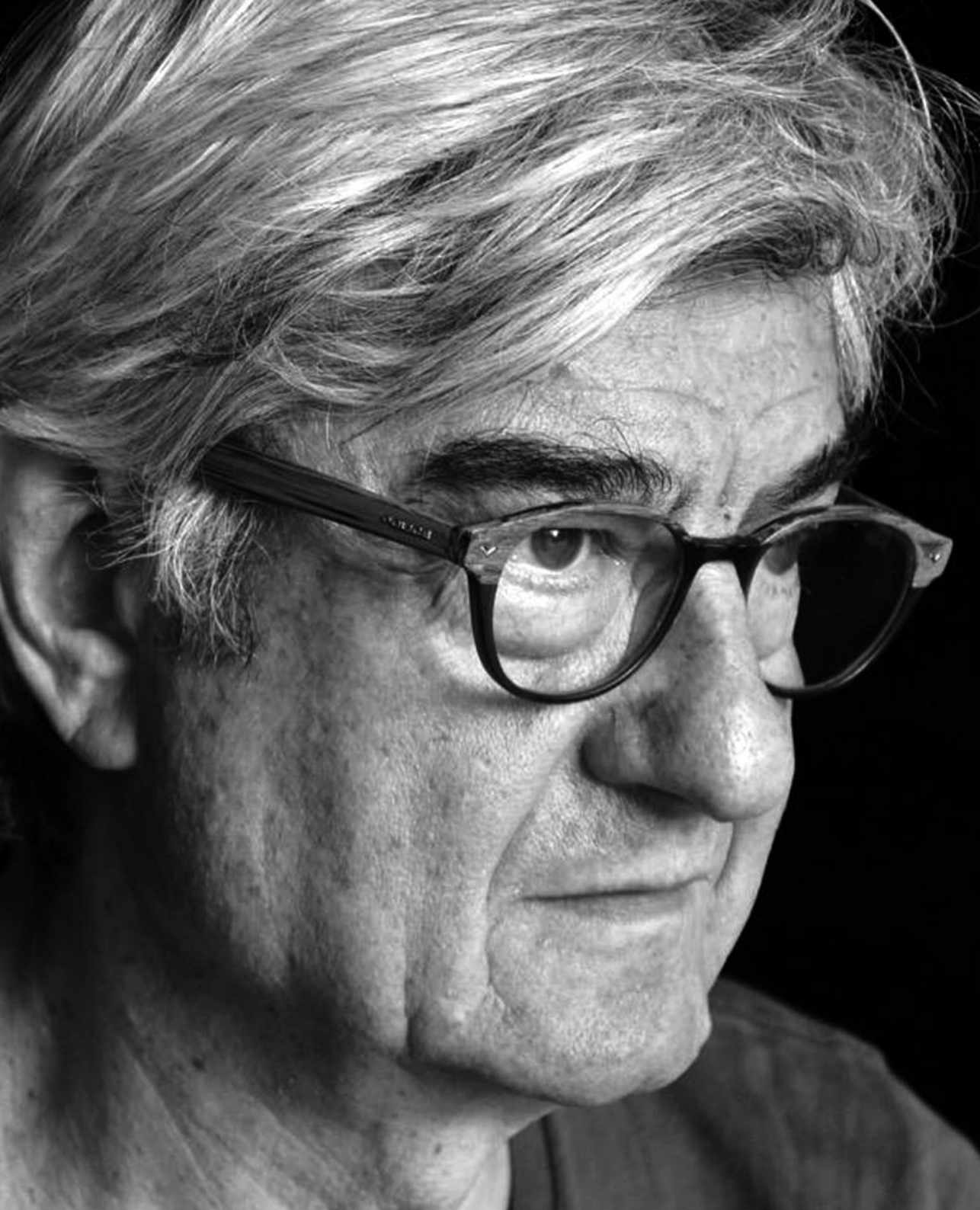
Espero que este libro colabore a enterrar la idea de que nuestra democracia, con todas sus imperfecciones, defectos y tan mejorable, pero democracia al fin y al cabo, se la debemos a los franquistas que el 21 de noviembre de 1975 se levantaron demócratas con el manual de la transición debajo del brazo. A los que de verdad debemos que España sea una nación europea, un Estado de derecho, un país avanzado en el que se respetan los derechos humanos y la pluralidad, siempre todo mejorable, esa gente como Bernardo Fuster, Pedro Caba, Francisco Martínez (el Quico), Luis Suárez-Carreño, Alexis Mesón, Félix López Rey, Merçona Puig Antich, Matilde Muñoz, Pablo Mayoral, Rosa García Alcón, Julio Pacheco, Maribel Ferrándiz, Magda Oranich, Carlota Folgueras, Carles Vallejo, Roser Rius, José Benito Batres, Pepe Molina, Isabel Alonso Dávila, Juan Aguirre, Soledad Luque, Socorro Robles y Jacinto Lara. Y a tantos otros más.

Es su memoria la que se atrapa en estas páginas, una memoria que afortunadamente no hay que recuperar, pero sí reivindicar.

R. MUÑOZ-ROJAS
Madrid, marzo de 2024



Porque habéis sido, somos.
Gracias



Músico antifranquista. Exmiembro del FRAP

Bernardo Fuster

«Nos llamaban terroristas porque nos atrevimos
a encararnos con las fuerzas represivas»

BIEN ENTRADO el siglo XXI, Bernardo Fuster (Valencia, 1951) recuperó a su *alter ego* Pedro Faura, el cantautor que en los primeros años setenta y por encargo del Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP), recorría Europa dando conciertos para llamar la atención sobre la realidad política y social que se vivía en España. «¿Conociste a Pedro Faura?», le preguntaron alguna vez cuando recuperó su verdadera identidad a su regreso del exilio. En aquel tiempo, mediados de los setenta, Fuster era parte de la compañía teatral Tábano; luego llegaría Suburbano, el famoso grupo de rock con canciones como *La Puerta de Alcalá*, de la que es autor de la letra. En determinados ambientes, los de la cultura, Bernardo Fuster era una persona conocida, pero de su historia y su compromiso político con una organización considerada terrorista nadie sabía nada. Él tampoco lo contaba. Ha llevado una vida medio secreta para casi todos, como también resultó ser la de su padre, un alemán que nunca habló con su hijo sobre su pasado nazi. Tal vez por eso resulte tan bonito el nombre del último disco que Fuster ha sacado al mercado, volviendo a Pedro Faura: *Que el tiempo no borre*. Precioso título que tiene mucho que ver con la memoria de un país, la que es necesario recuperar.

■ ¿Cómo y por qué empieza su compromiso político?

Influyeron mucho dos líneas. Por un lado, la que podemos llamar cultural o musical, ya que desde pequeño estuve muy ligado a la música. Y por otro, la línea más política. Entro a los quince o dieciséis años en el Instituto Sorolla de Valencia, donde teníamos una especie de grupito medio anarquista que se llamaba Bandera Negra. Aunque era casi como jugar a ser anarquistas, es verdad que poco a poco te vas concienciando. En cuanto a la vertiente musical, a mí me gustaba mucho tocar la guitarra y tuve contacto con Paco Ibáñez, al que conseguimos llevar a cantar a nuestro pueblo cuando prácticamente no podía cantar en España. Se nos ocurrió la locura de escribirle a París y pedirle que cantara en Ayora, un pequeña localidad de la provincia de Valencia. Nos contestó que sí, que vendría, y el caso es que llegó desde París, actuó y estuvimos hablando con él. Luego fui evolucionando, porque en aquella época entrabas en la militancia por lo que se llamaba «la suerte de los encuentros». Un amigo de las Juventudes Comunistas me dijo que me integrara en su grupo, y en seguida me convenció. No me costó nada saltar del anarquismo al comunismo, porque no tenía ni idea teórica de qué significaba cada cosa. Vamos, que mi formación intelectual y la de todos en ese momento era muy baja, simplemente queríamos enfrentarnos a aquello, reaccionar cuando te enterabas, por ejemplo, de lo de Ruano [el asesinato del militante Enrique Ruano mientras estaba bajo custodia policial, en 1969]. Estábamos en contra del régimen.

■ ¿Qué canales utilizaban para obtener información? Me refiero a lo que tenía que ver con la oposición al franquismo, porque la prensa no informaba sobre eso.

Siempre llegaba alguien que traía información. Escuchábamos la BBC, Radio Pirenaica, Radio Tirana. En el instituto había un cura progre, creo que era del Partido Comunista, que también nos contaba cosas. En las misas de ese cura se cantaban canciones de Paco Ibáñez, Labordeta, Raimon.

■ ¿Cómo llegó al FRAP?

Estuve un tiempo en las Juventudes Comunistas, pero aquello se me quedaba muy corto. En ese momento se formaron en Valencia una cosa que se llamaba

Comités Antiimperialistas, y que luego se integraron en los Comités Pro FRAP, todavía no existía el FRAP, que se crea un poco después, en París, en casa de Arthur Miller. Entro en el FRAP, y ahí la cosa empezó a gustarme más, porque la acción era mucho más directa, empezamos a enfrentarnos con la policía. La primera acción importante en la que participé, todavía como aprendiz porque acababa de entrar, fue el derribo de la estatua de José Antonio en Valencia, en 1972, en la época dura de Franco. Mi misión consistía en cruzar unos coches, cada uno tenía la suya, y se derribó la estatua. Aquello tuvo mucha repercusión, fue una acción muy osada y la primera en la que oí disparos de la policía. A partir de ahí, me integré del todo en las acciones del FRAP: ataques a bancos, participamos en la quema de la SEAT de Valencia cuando en Barcelona la policía mató a tres obreros de Comisiones Obreras. Practicábamos una política de autodefensa, porque se trataba de defenderse del terrorismo de la dictadura: así era como nos lo planteábamos, ellos tenían unos cuerpos armados terroristas y debíamos defendernos. Ese fue mi proceso inicial.

■ Eso entrañaba un peligro real para todos los que como usted estaban en esa lucha. ¿Cómo se protegían?

Las medidas de seguridad eran muy estrictas, pero aun así siempre quedaban grietas por las que se colaba la policía, y por eso se producían las detenciones. Visto desde hoy, infiltrarse era fácil. De hecho, yo conocí a un infiltrado que llegó a escalar bastante en el FRAP, lo sé porque cuando detuvieron a un compañero, lo vieron en la comisaría con la policía. Era el más osado, el que se atrevía a correr riesgos que nadie se planteaba. ¡Claro, era policía! En las células, disponíamos de lo que se llamaban citas de seguridad, que consistían en acordar un lugar determinado al que acudía ciertos días, a una hora que también se concretaba, el responsable de la célula. Nosotros lo sabíamos y pasábamos por allí para que él nos viera. Era el único momento en que podíamos contactar con él, y la única manera de que él comprobara que no había caído nadie. Cuando alguno de nosotros llevaba dos días sin aparecer por la cita, entonces saltaba la alarma. Acudías a esos encuentros aunque estuvieras enfermo.

■ Comunicarse por teléfono resultaría impensable, claro.

Jamás nos comunicábamos por teléfono. Además, todos usábamos nombres falsos. Yo solo conocía a los cuatro o cinco de mi célula, y de ellos uno era el responsable, que pertenecía al eslabón superior. En una detención solo podías citar a cuatro personas de las que desconocías el nombre. En otros sectores, como la universidad, era distinto, porque la gente se conocía. Las citas estaban muy controladas. Cuando quedabas con alguien a quien no habías visto nunca, te facilitaban una serie de contraseñas; por ejemplo, te decían que acudieras a una plaza en la que debías encontrar a un tipo con un periódico determinado, al que debías formular una pregunta concretada: «¿Dónde está la exposición de Picasso?». «En la Gran Vía», te respondía, y entonces ya sabías que esa era la persona. Si te seguían, también disponíamos de métodos para protegernos. Por ejemplo, pararte en un escaparate y comprobar si había alguien detrás de ti comportándose de manera rara; si notabas la presencia de una misma persona durante mucho tiempo, te metías en el metro y salías rápidamente cuando sonaba el pitido del cierre de las puertas, al que te seguía no le daba tiempo de salir del vagón. Había trucos que te iban pasando. Pero lo que estaba claro es que cuando advertías que te seguían, debías informar a la organización para que adoptara medidas, porque significaba que estabas tocado. Yo estuve fichado, ¡claro!, pero nunca me detuvieron.

■ ¿Cómo conseguían el material para sus acciones?

La gasolina era fácil de obtener, bastaba con que dispusieras de una moto. El ácido sulfúrico resultaba mucho más complicado. Generalmente se podía conseguir en universidades, por ejemplo, en la Facultad de Química. Con una botella te daba para muchos cócteles molotov. Lo más complicado radicaba en todo lo relativo a las imprentas: conseguir clichés, tinta, folios... Eso sí que era difícil, porque se controlaba minuciosamente. En esos años, monté una imprenta clandestina en Valencia.

■ Su actividad se desarrolla primero en Valencia. ¿Por qué se traslada a Madrid?

Me voy de Valencia cuando cae la imprenta que yo dirigía, donde se elaboraba la propaganda que luego tirábamos en barrios y universidades. Era un piso que

se había alquilado con documentación falsa, donde guardábamos dos multicopistas en habitaciones totalmente aisladas mediante colchones para que no se oyese el ruido, aunque siempre se oía, la verdad. Ahí se imprimía una propaganda que luego se pasaba a un contacto para que lo distribuyese como fuese. ¿Cómo se compraba la tinta? Pues con una documentación falsa. Los que trabajábamos ahí contábamos con tres o cuatro personas de apoyo que, para determinadas compras, les dabas un carné falso, porque te lo pedían. Si comprabas tinta para una multicopista, debías facilitar el DNI, que siempre era falso, porque en aquella época era muy fácil falsificarlo.

■ ¿Cómo cayó la imprenta?

No lo sé, eso nunca se sabía. Probablemente por un confidente. Un día llegó la policía y se llevó a las personas que estaban trabajando allí, dos o tres. Yo solía ir más tarde, en mi vespino, y al acercarme me llamó la atención que delante de la puerta había unos obreros con mono azul, que parecían intentar abrir una zanja, pero no la abrían, no se sabía bien qué estaban haciendo. Me pareció muy raro, porque en aquella época tenías un sexto sentido que te obligaba a estar siempre alerta, así que pasé de largo. Y, efectivamente, estaban esperándome, así que me fui y ya no volví a Valencia.

■ Y llegó a Madrid.

Sí. Pero primero fui a Zaragoza, donde desde la organización me dijeron que me fuese a Asturias, pero me fallaron las citas y acabé en Madrid. Por entonces mi vida era de una clandestinidad absoluta y estaba liberado, porque evidentemente no podía hacer ni trabajar en nada.

■ Se ha referido a las casas de apoyo y a personas, como usted, liberadas [personas que se las pagaba por trabajar para una organización]. ¿De dónde procedían los fondos para sostener semejante organización?

Había gente que disponía de dinero y lo ponía. Gente, cómo decirlo, de izquierdas, con mucha pasta, que ayudaban. Incluso artistas famosos dieron dinero, y además bastante, lo que se ha sabido luego. Y otra parte de los fondos llegaba a

través de la organización, pero no sabías la procedencia. Me consta que se atracó algún banco.

■ ¿Mantenías contactos con grupos de fuera de España?

Sí, claro. Cuando me fui primero a Francia y luego a Alemania mantuve contacto con todos ellos. Toda la izquierda europea tenía totalmente mitificada la lucha antifranquista. Los apoyos surgían por todos lados.

■ Estando en Madrid, se traslada a Francia. ¿Por qué?

En Valencia, había grabado en 1972 varios casetes que se vendían —clandestinamente, claro— como apoyo a huelgas o al movimiento, asociaciones de vecinos... Algunos llegaron a la dirección del FRAP, se enteraron de que el que cantaba era un miembro de su organización y un día me citaron para preguntarme si estaría dispuesto a salir al extranjero, a exiliarme, porque aquí estaba buscado, obligado a vivir de forma clandestina. Me fui de España y me convertí en un cantante de agitación y propaganda antifranquista, que participaba en mítines y en todo tipo de actos para apoyar y difundir la lucha contra el franquismo.

■ ¿Quiere decir que le ofrecen difundir la lucha contra el franquismo fuera de España través de la música?

Efectivamente, creo que soy la única persona que ha entrado en la música por una directriz política. Desde luego siempre me gustó la música y siempre toqué y me dediqué a ella. Ellos lo entendieron como una herramienta que aglutinaba y servía para unir y animar a las personas que estaban en contra del régimen. Ellos lo entendieron así, lo montaron bien y estuve casi dos años dando conciertos por toda Europa. En Francia grabé incluso dos discos. Te llamaban para un mitin en Portugal, en Suecia, en Noruega, en Italia. Todo el día apoyando actos de la lucha antifranquista con mis canciones.

■ ¿Por qué vuelve a España?

Se produjo una escisión fuerte en el FRAP respecto a la línea que había que seguir. No estuve de acuerdo en absoluto y me sumé a esa escisión. Muerto Fran-



co estaban ya dando pasaportes para volver a España. Se concedió una primera amnistía, a la que me podía acoger porque estaba dirigida a personas que habían participado en la lucha antifranquista sin delitos mayores, y decidí volver.

■ Cuando regresa, ¿se siente seguro o sigue temiendo que puedan detenerle?

Detenerte, siempre podían hacerlo, porque en esos primeros tiempos de la transición la policía y las bandas fascistas caminaban de la mano, a muchos niveles eran los mismos y sabían quién era quién. Mira lo que hicieron en el despacho de abogados de Atocha. Siempre ibas con miedo y con precaución. Por suerte, enseguida empecé a trabajar en un grupo de teatro que se llamaba

Tábano, donde conocí a Luis Mendo, y montamos Suburbano. Volví en el 76 y Suburbano se crea en el 80. Durante esos cuatro años me busqué la vida como pude.

■ Entra a formar parte de Suburbano, uno de los grupos de *rock* más potentes de esa época, pero nunca se le relacionó con la lucha antifranquista ni el FRAP.

Claro, porque durante un tiempo yo no contaba nada de mi vida. Trabajaba en



Tábano, estaba con Luis Eduardo Aute o en Suburbano. Era el momento duro de la transición y pensé que contar mi pasado no solo era exponerme demasiado, también podría perjudicar a mis compañeros. Tardé mucho en contarlo, hasta el día que Fernando Lucini, un periodista que investigaba sobre la canción de autor política para una exposición en la Biblioteca Nacional, sacó los discos que yo había grabado en Europa. Fue él quien hizo pública mi identidad de Pedro Faura. Alguna vez me habían preguntado: «Tú que has vivido en París, ¿no has conocido a Pedro

Faura?». Nunca confesé que era yo hasta el momento en que decidí contarlo.

■ ¿Cómo era la vida en el exilio? ¿Se relacionó con otros exiliados?

Claro, estábamos todos juntos y acudías a tocar con gente de otras organizaciones. Yo era muy amigo de Imanol, el cantante vasco que por entonces era de ETA VI. Conocí por entonces a José Bergamín, a gente de la Nueve [que tomó París cuando acabó la Segunda Guerra Mundial], a personajes del maquis. Gente por la que sentía gran admiración y con la que te relacionabas de tú a tú, porque todos estábamos a lo mismo y las diferencias políticas se notaban poco y en el exilio podías hablar abiertamente. El gran problema de la clandestinidad era no poder relacionarte con nadie, ni siquiera con los de tu partido, porque solo accedías a la célula y poco más, y las discusiones políticas eran muy escasas. No podías hablar abiertamente con alguien del PCE para llegar a acuerdos, porque todo resultaba muy cerrado.

■ ¿Cómo fue la vuelta a España?

Muy dura, porque cuando has estado seis años en una organización y has dado todo por ella, cuando tienes compañeros que han sido torturados, condenados a muchos años de cárcel, o incluso fusilados, de pronto te das cuenta de que ya no dispones de ese respaldo con el que has vivido durante años, ya no cuentas a tu lado con la organización, el soporte ideológico. Entonces sientes un gran vacío, una situación de desamparo, algo parecido a lo que le ocurre al que siempre ha creído en Dios y de pronto se da cuenta que todo es mentira. Pasa también en lo que tiene que ver con la política.

■ Cuando llega la escisión en el FRAP, usted abandona.

Sí, sí, me voy y no vuelvo a tener contacto con ningún compañero de mi época del FRAP hasta muchos años después. Por decisión propia, Pedro Faura permanecía enterrado y lo ha estado hasta hace apenas dos años, cuando he visto que volvemos otra vez a todo el facherío franquista que actúa sin complejos con la extrema derecha en el Parlamento. Por eso decidí que había que resucitar a Pedro Faura, recuperar alguna de esas canciones políticas que forman parte de la memoria histórica, porque a través de la música, de una canción, puedes identificar perfectamente un hecho histórico. La música refleja muy bien el estado anímico, la emoción y el compromiso que se da en un determinado momento. Además, ahora la canción de autor se mueve mayoritariamente dentro de una línea blanca, bastante poco comprometida. Hay que recuperar la memoria, la resistencia y el compromiso, también con la música.

■ La relación con su padre, tan distante en sus ideas a las suyas debió de ser traumática.

Bueno, tampoco lo fue tanto. Yo sabía que mi padre había sido nazi. Era alemán y, como muchos alemanes de aquella época, había participado en el movimiento nazi. Lo que me sorprendió fue enterarme de que había trabajado como funcionario de la Embajada alemana y fue nombrado jefe de las juventudes hitlerianas. Tras la derrota alemana, se quedó aquí, protegido por Franco durante más de un año y con documentación falsa. Es curioso, pero tanto él como yo en distintas épocas, vivimos con nombre falso, aunque en trincheras opuestas.

■ ¿Nunca hablaron de política?

No, no, nunca.

■ Él, supongo, que conocería sus ideas.

Por supuesto, si no al detalle se las podía imaginar, sobre todo después de mi huida de Valencia. Es más, estoy seguro de que cuando era buscado por la policía, llegó a protegerme, porque yo en aquella época gozaba de documentación alemana, por ser hijo de alemán, que me amparaba, porque al ser súbdito de otro país, si te cogían o te torturaban se les complicaba. Decidí seguir como alemán, pero me vi obligado a renovar mi documentación en un momento en el que estaba perseguido, lo que me suponía un problema de seguridad. Mi padre se encargó entonces del papeleo para evitar que tuviera que personarme en la embajada. No recuerdo qué le dije para convencerlo sin contarle la verdad, pero el caso es que lo hizo.

■ Entonces, la relación con su padre era buena.

Al principio, cuando permanecí en España como clandestino, apenas existía relación, porque yo no podía contarle a qué me dedicaba. La situación de mi casa era la del ochenta por ciento de las familias con un padre de derechas. Luego, cuando volví del exilio, me llamó mucho la atención que él nunca me echara en cara mi actividad política, nunca me preguntó nada, como si no hubiera existido ese tiempo. También es cierto que yo tampoco conocía la suya. Sabía que había trabajado en la Embajada alemana, pero pensaba que como profesor de música en colegios alemanes, vinculados lógicamente a las juventudes hitlerianas. Yo iba muy poco por el pueblo, pero cuando lo hacía, mi relación con mi padre era normal. Me enteré de que estuvo protegido por Franco, escondido con otra identidad porque lo reclamaron los aliados, cuando él ya había muerto, porque si no, por supuesto que le hubiera preguntado. Me hubiera gustado mucho saber detalles de esa red que se montó aquí, en España, para proteger a los nazis, cómo se les proporcionaba la documentación... Conocer todo ese asunto me daba mucho morbo. Lo hablé en varias ocasiones con Almudena Grandes como documentación para su libro de *Los pacientes del doctor García*, y en algún momento me cita.

■ Fue usted tirando del hilo para enterarse de cómo se movían los nazis en España durante el franquismo.

Claro, como él no me lo pudo contar, lo estuve investigando. Sé que se creó aquí una red, con una señora que se llamaba Clara Stauffer, la secretaria de Pilar Primo de Rivera, para apoyar a los nazis, a los que se proporcionaba documentación falsa. En aquella época, 1945 o 1946, no existía el carné de identidad que ahora tenemos todos, por lo que se les daba era un carné de Falange. Esta señora era familia de los Mahou; su padre era un alto mando que dirigía la fábrica de cervezas, y su madre, la dueña Loewe. Esto que me pasó a mí, que resulta muy llamativo visto ahora, un padre nazi y un hijo que sale muy de izquierdas, se daba mucho. La relación con él, cuando yo ya no estaba tan vinculado en el FRAP y no era un «terrorista», no era especialmente estrecha, pero no había enfrentamientos entre nosotros.

■ Ha dicho «cuando yo ya no era un terrorista». ¿Usted fue un terrorista?

Así es como nos llamaba la dictadura, pero los terroristas eran ellos. Recuerdo que, en el pueblo, la gente tenía miedo cuando se cruzaba con «la pareja», que es como se la llamaba a la Guardia Civil. La policía torturaba, los jueces condenaban a largas penas de cárcel, el Estado era una dictadura mantenido con la represión y el miedo. Nosotros estábamos en grupos de autodefensa contra su terrorismo, pero es verdad que en esa época los terroristas españoles éramos los anarquistas, los del FRAP y los de la ETA. Hasta la muerte del tirano, fuimos los únicos que nos atrevimos a encararnos a las fuerzas represivas. Y pagamos por ello.



AMNISTIA

Médico del PCE

Pedro Caba

«Mi consulta era un centro político.

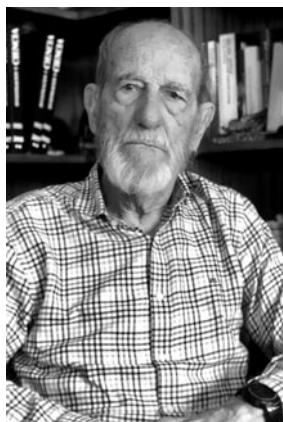
Venían muchos opositores que coincidían
en la sala de espera con la policía»

«Soñé y trabajé por algo que no ha salido bien»

FUE, ENTRE OTRAS MUCHAS COSAS, el médico del Partido, que era como se conocía en los años de la clandestinidad al Partido Comunista de España (PCE). La bata blanca con la que Pedro Caba (Madrid, 1934) recibía a sus pacientes era sobre todo roja, siempre dispuesta a acoger a personas que demandaban una consulta médica, por supuesto, pero también a los activistas que se citaban en la sala de espera de su consulta, activistas para transformar el país en un Estado democrático. Allí coincidían con militares que se camuflaban de progres rojos dejándose largas barbas y que Olvido, la enfermera que todo lo controlaba y la más inteligente colaboradora del doctor Caba, detectaba desde el primer momento: «Pedro, este de la barba tan bohemia tiene pinta de espía, seguro que es un espía». En los tiempos más duros de la dictadura entre los enfermos del doctor Caba se encontraban, entre otros, Dolores Ibárruri, Pasionaria, Santiago Carrillo, Manuela Carmena, Cristina Almeida, Antonio Buero Vallejo, los funcionarios de la Embajada cubana o de la rusa y, sobre todo, activistas, sindicalistas que entraban y salían de Carabanchel y acudían a la consulta

unas veces por una receta médica, otras para hacerse con un carné o un pasaporte.

Habría que retroceder hasta la guerra de 1936 para trazar con precisión la trayectoria del doctor Caba y recuperar sus recuerdos de aquellos años trágicos que vivió en Extremadura, con su padre encarcelado y él durmiendo en un parque junto a su madre. Historias de la guerra y posguerra que no se deben olvidar, como todo lo que cuenta en sus libros de relatos o de medicina, que son muchos. Pedro Caba conversa sobre la militancia clandestina contra el franquismo, una lucha simbolizada en las reproducciones del cuadro *El abrazo* de Juan Genovés colgado en la mayoría de las casas de los opositores al régimen. El doctor Caba es uno de los que sale en ese cuadro de los manifestantes que reclamaron la amnistía de los presos políticos tras la muerte del dictador.



■ La imagen que tomó Genovés es un icono del movimiento antifranquista y ahí está usted.

Conocía sobre todo a su familia de Valencia, y al llegar a Madrid renovamos nuestra amistad. Genovés venía a mi consulta cuando aquello era un foco... Alguna vez lo hizo como paciente, pocas, más bien me visitaba como amigo. Un día me dijo: «Tengo un proyecto, te lo voy a explicar». Consistía en ir todos a la puerta de la cárcel para recibir con un abrazo a los que salían. Él tomaría la foto en la que tenía claro que todos debíamos salir de espaldas, como símbolo de la reconciliación.

Ahí estamos Marcelino Camacho y Josefa, su mujer, y dos albañiles de Comisiones Obreras, Macario y Arcadio. Macario destacaba como dirigente sindical muy activo, y Arcadio, además de comunista, era un santo, un santo laico. Los dos estuvieron en la cárcel y los dejaron libres en la primera amnistía tras la muerte de Franco. Se les consideraba los máximos dirigentes de las huelgas de la construcción.

Nacido en Madrid, Pedro Caba pasó la guerra en Extremadura y después, a los seis años, se trasladó con sus padres a Valencia, donde vivió hasta los veintiuno.

Residían en Burjassot, una localidad pegada a la capital, donde estudió sus tres primeros años de Medicina. No pudo terminar la carrera en Valencia porque lo detuvieron un 1 de mayo y le abrieron expediente y le expulsaron de la Facultad. «Usted no va a estudiar más Medicina», le dijeron, pero llegó a Madrid, y se hizo médico; en aquellos tiempos sin ordenadores resultaba muy complicado cruzar la información.

■ ¿Por qué se metió en política?

Por un cura de Marchalenes (Valencia) que disponía de un local al lado de la parroquia donde siempre hablábamos de política y nunca de Dios ni de Jesucristo. Él fue quien me propuso organizar una campaña de propaganda sobre el 1 del mayo, en la que se encargó de imprimir los panfletos ¿Que si era rojo? ¡Rojísimo!

■ ¿Cuándo se afilió al Partido Comunista?

En Madrid, en el año 54. En la Facultad de Medicina me había relacionado con un grupo de amigos de ideas progresistas. Un día acudí a ver a un enfermo que acababa de llegar de Francia, un tal Antonio Montoya, que vivía por la Avenida de los Toreros. En la casa me fijé en las estanterías sin libros y en que él y su mujer hablaban con acento raro, afrancesado, así que le pregunté: «Vamos a ver, Antonio, hágame claramente. Tú estás aquí de forma clandestina y me has llamado porque sabes algo de mí». Me explicó que era miembro del Comité Central del Partido Comunista y yo le dije que quería entrar. Me aseguró que me mandarían a alguien, y ese alguien fue Alberto Villa Landa, otro médico. Vino a verme a la consulta. En ese momento éramos tres los médicos del Partido Comunista, Villa Landa, el hijo de un cura y yo. Desde la dirección del partido se nos pidió que nos infiltráramos en organismos oficiales y preparamos el congreso de los médicos jóvenes. Se notaba que éramos unos rojos, pero curiosamente, García Miranda, un excombatiente de derechas, presidente del Colegio de Médicos, nos apoyaba a sabiendas de nuestra ideología, practicaba un doble juego. Al final salimos como representantes de los médicos jóvenes del Colegio de Madrid, grupo en el que estaba Donato Fuejo, y fuimos ocupan-

do puestos. La idea que se tenía en Moscú se basaba en irse infiltrando en sindicatos y otros organismos.

■ Durante su etapa como médico rural participó en una fuga de presos.

Me presenté a unas plazas de médico para asistencia domiciliaria en pueblos y las saqué. Elegí tres localidades de Guadalajara: Puebla de Valles, Valdesotos y una colonia penitenciaria en el Espanto, que estaba construyendo el pantano del Vado. Un día entré en la iglesia para verla y de pronto llegó un hombre con una escoba y se puso a insultar a todos los santos. Iba a limpiar la iglesia, pero se cagaba en la madre de todo el santoral. Me enteré de que era de Ronda, de donde había sido alcalde anarquista, por lo que estuvo en la cárcel. Me hice amigo de él y posteriormente, con otro preso también amigo, planeamos una fuga. Ronda me contó que el día de la virgen de las Mercedes se celebraba una fiesta en donde todo el mundo bebía y se lo pasaba muy bien. Se nos ocurrió que un preso simulara un ataque epiléptico. Le explicamos los síntomas que debía manifestar, acudí a asistirle como médico y entre todo aquel lío que se organizó se escaparon once reclusos. No cayó ninguno y al cabo de los años me tributaron un homenaje. La Guardia Civil lo tuvo siempre claro: «Esto ha sido cosa del cabrón de Ronda y el médico». A Ronda le pegaron una paliza, pero a mí solo me insultaron. Hubo denuncia de la Guardia Civil, pero el juez, que debía de ser progresista, redactó un informe a favor nuestro y yo volví a Madrid.

■ Como médico del PCE, en Madrid sigue conociendo a militantes y dirigentes del partido.

Sí. Con algunos me llevé bien, con otros mal, como con el propio Carrillo. Nunca me llevé bien con él porque Juan Garrigues, muy amigo mío, rico millonario comunista, dirigente del Partido Comunista, me nombró consejero en el periódico *Informaciones* y Carrillo se enfadó muchísimo. Alegó que yo no podía estar ahí, pero lo más gordo fue que durante una fiesta del partido, Carrillo se desmayó y me llamaron por altavoces para que lo asistiera. Le llevé a su casa en coche, al llegar nos pusimos a hablar y me di cuenta de que no iba por el buen camino: «Santiago, te quiero hacer dos preguntas; ¿el Partido Comunista está a favor o en contra de las bases americanas, se va a hacer algo contra ellas?

Y la otra, acabas de estar en Norteamérica dando conferencias, ¿quién te ha apoyado, el Partido Comunista de allí?». Entonces me echó una mirada de terror, y me invitó a abandonar su casa.

■ Cuando en los años de la clandestinidad abrió consulta médica en Madrid, me da la impresión de que se salía de allí con algo más que una receta.

Era un centro de política. Claro que venían a la consulta médica opositores al régimen. Acudían muchos rojos que a veces coincidían en la sala de espera con un policía. La consulta fue un foco político. Entre los que pasaban por allí estaban los embajadores de Polonia y también un amigo muy amigo que guardaba los secretos de la Embajada rusa. Se llamaba Ivanov y luego fue ministro de Asuntos Exteriores de la Rusia de Gorbachov; él me enseñó que la única forma de que la policía no te grabe cuando hablas es poner la televisión.



■ Entre sus pacientes figuraba Dolores Ibárruri, la Pasionaria.

Sí, yo la había conocido en Moscú y nuestra relación continuó en Madrid. Era una mujer maravillosa, muy inteligente. Ella y su secretaria, Enriqueta.

■ ¿Viajaba mucho a Moscú?

Sí, hice muchos viajes, pero oficialmente no como miembro del partido.

■ También mantuvo una estrecha relación con Cuba, hasta el punto de que casi llegó a ser su embajador en España.

Por distintas razones había entrado en contacto con la Embajada de Cuba en España y era su médico. Acudía allí periódicamente para tratarlos y todos bajaban a la revisión. Un día llego y me dice Manuela, la señora de la limpieza: «Doctor Caba, aquí no hay nadie, se han escapado todos». Se habían largado a Norteamérica. Decidí llamar a Cuba y hablé con Carlos Rafael Rodríguez, un hombre muy importante: «Pues mira chico, tú coge la llave, te haces cargo de la Embaja-

da y ahí no entra nadie hasta que mandemos un embajador». Y me hice cargo de la Embajada con Manuela. Iba todos los días y guardaba bajo llave la correspondencia. El portero estaba un poco sorprendido, claro: «Oiga, ¿y usted?», me preguntaba. «Soy el embajador, aunque es verdad que he perdido un poco el acento», le respondí. Por fin un día me notifican que ya hay embajador, nombraron a Horacio Santos. Menos mal, porque ya no sabía qué hacer. Fui a buscarlo al aeropuerto y me pide que siga con él, porque su profesión es la de sastre y no tiene ni idea de nada. Al final seguí hasta que Horacio se empezó a encaminar. Sucedió sobre el año 76 o por ahí, la época en la que, bueno, así fui embajador. No me pagaron nada, por supuesto. Más tarde visité Cuba y asistí a una fiesta en la que estaba Fidel Castro. Cuando el Che vino a Europa, me avisaron de que llegaba a España y lo acompañé junto a más gente. Estuvimos en la Ciudad Universitaria, visita de la que hay fotos. También me llamaron porque sufrió una crisis de asma, pero al día siguiente se fue. Más tarde apareció su hermano Roberto Guevara, que venía sin dinero; llegaba de México, en donde pertenecía a un partido trotskista. Lo metí en una casa que tenía en Cercedilla y a su mujer la pude colocar en el Instituto de Medicina Social [IMS, impulsado por médicos progresistas, entre ellos Pedro Caba]. Se quedó bastante tiempo en España.

■ ¿Le detuvieron alguna vez?

¡Sí! Claro. En tres ocasiones. La primera vez fueron a por mí y a por mi hermano, porque habían disparado un tiro en la cabeza al falangista Miguelito Álvarez en la calle Alberto Aguilera. Como ese día habíamos estado alquilando disfraces para una fiesta, me soltaron y solo me retuvieron unas horas. De todas las detenciones, salvo los palos que me dieron en Baeza en un homenaje a Machado, he salido siempre bien.

■ Durante décadas mantuvo relación con las monjas de un convento.

Eso es muy bonito. Durante cuarenta años fui médico del convento Fausta Elorz y me hice muy amigo de las monjas a través de una paciente que venía a mi consulta. La superiora, sor Pilar, era estupenda, tenía calidad. Un día encontré a una chica en la calle con sida, embarazada y sin dinero, así que me

la llevé al convento. «A ver, sor Pilar, ¿qué hacemos con ella?», le pregunté. Y estuvo a la altura, ya sabía que tenía calidad. Otro día me llamaron para comprar papel, tinta, y otras muchas cosas, incluso una imprenta. Lo compré con un carné de identidad falso. Quedé en el cementerio de la Almudena con un tal Pla, y lo vi muy nervioso, pasó de mí y advertí claramente que lo estaban siguiendo. De pronto me veo en la moto con una imprenta del partido y me pregunto qué hago yo con esto. Así que me dirigí al convento Fausta Elorz, llamé a la superiora y le dije: «Mire, sor Pilar, le voy a pedir un favor que para mí es importantísimo, pero es terrible y nos podemos meter en un lío. Ahí tengo una imprenta, papel, guillotina, tinta. Está prohibido en España porque puede ser para propaganda ilegal, pero si me permite dejarlo en el convento, me lo llevaré cuando pueda». Ella contestó: «Anda, pasa adelante, que la planta de arriba está vacía». Se lo comenté al comandante Otero, el de la Unión Militar Democrática (UMD), del que era muy amigo, y decidimos imprimir allí una revista para el Ejército y otra para Medicina, clandestinas, claro. Lo hacíamos en las horas de misa, porque con el movimiento en la capilla se disimulaba el ruido. Con el tiempo acabé enterándome de que la hermana de sor Pilar era maestra, comunista exiliada, y lo entendí todo.

■ Entre sus amistades de esos años, los sesenta, está el escritor Manuel Vicent.

Coincidíamos en las fiestas de cumpleaños de nuestros hijos y poco a poco nos fuimos haciendo muy amigos. El grupo se fue haciendo cada vez más grande. Llegó el fiscal Jesús Vicente Chamorro, el arquitecto Chinarro, el ginecólogo Hernández, el cineasta Pablo del Amo, y los domingos salíamos con los niños al campo. Otros con los que nos reuníamos a menudo, casi socialistas pero también del Partido Comunista, eran Kindelán, Carlota Bustelo, Ignacio Fuejo, Juan Trías y Merche Pintó, Jorge Soto, Pedro Moliner... Manolo escribió una novela, *Jardín de Villa Valeria*, sobre el grupo de amigos que nos juntábamos en Cercedilla, todos de izquierdas y muchos del PCE.

■ Muchos tratan de equiparar el término comunista con un insulto. ¿Le causa ahora algún problema decir que es comunista?

Hombre, no voy por la calle diciendo que soy comunista. ¿Si soy del PCE? Sí y no, porque ya no voy a reuniones desde antes de la pandemia, reuniones de Izquierda Unida.

■ Izquierda Unida, que se fundó en una casa que tiene en la sierra de Madrid.

Sí, en la biblioteca de mi casa fundamos Izquierda Unida. En esa reunión estaba Nicolás Sartorius, Manuela Carmena, Cristina Almeida, Camacho, Gerardo Iglesias, Manuel Vázquez Montalbán, Buero Vallejo. Había mucha gente, éramos como veinte entre católicos, socialistas, comunistas... Era el año 1986.

■ Fue usted amigo de una persona clave en la transición, Carmen Díez de Rivera.

Fui a Moscú con ella, Buero Vallejo, Ana Belén, Víctor Manuel y venía también Juan Garrigues. Nos invitaba la Semana Española en Moscú en los primeros tiempos de la democracia. Todos menos yo eran gente importante. Nada más llegar a Rusia, Carmen Díez de Rivera me dejó perplejo: «Ven, que te voy a invitar», y pidió dos vodkas. Ella: «Vamos a brindar». Yo: «¿Por qué?». Ella: «Brinda». En ese momento era la mujer más importante en España, la que tenía Suárez a su lado y ahí me di cuenta de por dónde iba. Me hice muy amigo de ella, una persona muy lista que se sabía mover por todos lados. En seguida me di cuenta de que ella sabía mucho, mucho.

■ Uno de sus admiradores es su nieto, el tercer Pedro Caba, que se está ocupando de recoger su memoria. ¿Qué es lo más importante que le ha transmitido?

Mantengo mis valores, mis creencias, mis pensamientos, pero el mundo ha elegido otro camino que me cuesta entender, claro. Es como si lo que has hecho y te ha ocupado tanto tiempo, ahora no tuviera sentido. Siempre pensé que había que hacer muchísimas cosas, y a ello me he dedicado, pero a veces me siento un fracasado, porque lo que soñé y por lo que he trabajado no ha salido bien.

Guerrillero antifranquista, el último maquis

Francisco Martínez López, el Quico

«Los guerrilleros no estábamos en el monte.
Estábamos en las casas del pueblo»

HUBO EN ESPAÑA diez mil hombres para los que la guerra no terminó en 1939 y que, desde 1936 y hasta 1952 lucharon armados, casi siempre cuerpo a cuerpo, contra el franquismo y sus tropas. A ese grupo de combatientes, conocido como el maquis o la guerrilla, perteneció durante catorce años Francisco Martínez López, el Quico, único superviviente del movimiento guerrillero, la única voz que puede hablar en primera persona de aquella resistencia para la que tan importante fue el apoyo de una parte de la sociedad, aunque la Historia, la que nos ha llegado mutilada y desfigurada, se haya decantado por una versión que tiene más que ver con bandoleros decimonónicos de la serranía de Ronda que con un grupo político organizado con una base popular. El maquis se suma así a las víctimas de la desmemoria impuesta por la dictadura y sus coletazos. El Quico no se cansa de repetirlo en esta entrevista realizada por teléfono, en la que este leonés del Bierzo, nacido en Casas Raras en 1925, desborda inteligencia, conocimiento, sentido del humor y ningún problema al hablar claramente de su experiencia en la guerrilla. Con veinte años fue condenado a muerte, se exilió en Francia tras catorce años de guerrilla, formó parte del Comité Central



del Partido Comunista de España, regresó del exilio en 1977 y ha escrito varios libros, el último *Caminos de resistencia*.

■ ¿Qué era un guerrillero?

Un combatiente que nada tenía que ver con las formas clásicas del ejército, porque pertenece a una organización que es del pueblo. La lucha del movimiento guerrillero va en contra de un poder determinado, pero siempre apoyada en una estructura popular. Si se defiende una causa y no hay una sociedad que la apoye y que esté inmersa en ese proyecto, esa lucha no tiene mucho sentido. El movimiento guerrillero, el maquis de los años cuarenta en España, fue algo anclado en una sociedad que requería recursos logísticos que dependían del trabajo de una red de apoyo del pueblo; por ejemplo, para conseguir armas, para encontrar casas en las que ocultarse, para obtener información o infiltrarse en los canales del propio sistema y para investigar la capacidad que ese sistema tenía para exterminarnos.

■ Guardará muchísimos recuerdos de aquella etapa de su vida.

Una vez estuve con tres compañeros cercado catorce horas en un pueblo, rodeados por ciento y pico guardias civiles. Estábamos convencidos de que no salíamos vivos; catorce horas reflexionando sobre cómo ibas a morir. Ocupamos todo un barrio; ellos se acobardaron, pero tenían mucho material de guerra, morteros, con los que quemaron casas. Nosotros conseguimos resistir, nos escapamos y salimos sin un rasguño, pero entre los guardias hubo algunas bajas, porque, bueno, tenías que defenderte. Más tarde se vengaron, asesinaron a los dos jóvenes de diecinueve y veintiuno de la casa en la que nos habíamos escondido. Aquello supuso una tragedia. Todos éramos muy jóvenes. Estaban también los veteranos, que eran los de treinta años.

■ La guerrilla surgió antes de que acabara la guerra.

Sí, desde el primer momento hubo gente clandestina en las zonas ocupadas por el franquismo. Al principio empezó por la necesidad de huir y de defenderse; después va surgiendo un movimiento organizado que trabaja en la clandestinidad

y que, poco a poco, se va armando. Luego viene el otro período en el que el movimiento está muy organizado, ya de una forma mucho más amplia. Por ejemplo, en el 42 se creó en la provincia de León la primera federación de guerrillas, la Federación de Guerrillas León Galicia, en la que ya se elabora una estrategia de grupo, mejor dicho, de grupos, porque estábamos diseminados en la sociedad.

■ ¿Cómo organizó un movimiento guerrillero en los primeros años del franquismo, cuando la maquinaria de la represión era tan eficaz?

Apoyándonos en la experiencia de la clandestinidad, de los topes. Poco a poco íbamos adquiriendo experiencia sobre cómo burlar al enemigo, siempre con el apoyo popular. Desgraciadamente no teníamos el apoyo de todo el mundo, pero había sectores, por ejemplo, en Galicia o en León, en los que todo un pueblo estaba de acuerdo con la guerrilla y hasta te podías permitir realizar allí un congreso. Elaboramos una estrategia global, la principal era la lucha frontal, siempre con perspectiva política, porque la perspectiva política era fundamental y necesaria. Según esta estrategia, cada grupo ocupaba un espacio y todos estaban coordinados con la Federación. Pero lo importante para la organización de la guerrilla no fue tanto la lucha armada como la red de apoyo popular.

■ ¿Había algún partido detrás del movimiento guerrillero?

En mi zona existían partidos políticos, pero locales, sin vinculación con un aparato central. Había comunistas, socialistas, anarquistas y todo era un componente de resistencia plural. Sin embargo, en Levante el movimiento lo organizó principalmente el Partido Comunista después del fallo del Valle de Arán. La guerrilla de Levante tuvo otro origen y otros referentes, que eran el francés y el soviético. Ellos se llamaban guerrilla comunista, lo que creo que limitaba el campo de acción. Nosotros éramos un movimiento plural y abríamos las puertas a todos los republicanos.

■ ¿Cuál era el objetivo de la guerrilla, del maquis?

Acabar con Franco, claro [se ríe]. Había que continuar la lucha. Más aún cuando llegó la victoria de los aliados, porque pensamos que con un boicot interna-

cional por el carácter fascista y colaborador de Franco con Hitler y Mussolini cambiaría nuestra situación, surgiría un auge de entusiasmo y de participación popular, y las fuerzas franquistas se desmoralizarían. Y así fue, porque en el año 46 o 47, la Guardia Civil tenía con nosotros un comportamiento diferente al de más adelante, cuando se convencieron de que Franco estaba reconocido.



■ ¿Qué quiere decir con «un comportamiento diferente»?

Si podían evitar el enfrentamiento, lo hacían. Nos respetaban más, aunque claro, también se trataba de salvar el pellejo. Al fin y al cabo, no todos los guardias civiles eran unos torturadores sanguinarios. El que estaba ahí para ganar el pan tampoco quería destacar cuando veía el clima violento. También muchos falangistas, algunos tan activistas y tan criminales en el primer momento, trataron de borrar su pasado. Hubo varios que colaboraron con nosotros. Y también hubo guardias civiles que nos apoyaban.

■ ¿Cómo les apoyaban?

Cuando estás vinculado a la sociedad, hay una cantidad de familias con un cura, un guardia civil, otro que es o ha sido falangista. Para nosotros era muy importante cuidar nuestra red de apoyos, porque suponía el elemento fundamental de vida. Parte de nuestro trabajo residía en buscar apoyos, gente en la sociedad que colaborara con nosotros, y así te encontrabas de pronto con que alguien te ponía en contacto con un falangista dispuesto a ayudar. Yo estuve en contacto, por lo menos, con tres guardias civiles amigos o familiares de alguien, que nos prestaban servicios como conseguirnos armas, munición y también, muy importante, información. Hubo cantidad de curas que colaboraron con la guerrilla en aquella zona, en León y Galicia. Yo he parado en muchas casas de curas.